

Colombia en tiempos difíciles

José Miguel Oviedo



El ruido de las cosas al caer

Juan Gabriel Vásquez

Alfaguara

Madrid, 2011

261 p.

Las guerras civiles y la violencia política que dominaron a Colombia durante buena parte del siglo xx entraron, en décadas más recientes, en siniestra alianza con diversos grupos guerrilleros y con el narcotráfico. Como correlato de esos hechos históricos, surgió lo que se ha denominado “la novela de la violencia”, que produjo un material muy abundante y de calidad heterogénea, pues va desde obras tan notables como *La mala hora*, *El coronel no tiene quien le escriba* y algunos cuentos de *Los funerales de la Mamá Grande* de García Márquez, hasta las que no pasan, por ingenuidad o demagogia, de ser muestra de simple oportunismo editorial.

En verdad, tal vez el primero en observar esos rasgos negativos fue el propio García Márquez, quien, tan temprano como en 1959, publicó un lúcido artículo titulado “Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia”, en el que señaló sutilmente que esas muestras fallaban sobre todo porque ignoraban las virtudes de la elipsis y el dato implícito, de los cuales él es un brillante ejemplo.

Aunque no creo que *El ruido de las cosas al caer*, con la que el colombiano Juan Gabriel Vásquez obtuvo el Premio

Alfaguara de novela 2011, caiga del todo dentro del cauce de lo que ahora se llama “narconovela”, su atmósfera refleja, de un modo muy vívido, la Colombia de los últimos veinte años del siglo anterior, presa de la constante amenaza de los ataques conjuntos de las FARC y los sicarios del narcotráfico. Estuve de visita en Bogotá por esos tiempos y aún recuerdo esa ciudad sombría y aterrada, que moría al anochecer y que se parecía tanto a la Lima de los años de Sendero luminoso. Vásquez, bogotano nacido en 1973 y residente en Barcelona desde 1999, ha publicado antes,

aparte de otros libros, un volumen de relatos y dos novelas que lamento no conocer. Esta tercera tiene varias virtudes, la primera de las cuales es la de transmitir con elementos

En buena medida, la intriga de la novela consiste en conocer —mediante documentos, testimonios y conversaciones— los motivos reales de ese atentado, pero nunca llegaremos a saber del todo si fue un acto de venganza contra Laverde o sólo algo casual, como tantos otros en esa época.

muy sencillos un efecto de desgarradora intensidad. Su lenguaje es básicamente el de un realista, pero sabe lograr con él una irisación poética en muchos de sus pasajes sin alterar aquel registro. Hay una significativa serie de referencias literarias que subrayan ese efecto: el título del primer capítulo, “Una sombra larga”, es, por supuesto, un verso del famoso “Nocturno” de José Asunción Silva, en cuya vieja casa conmemorativa ocurren varios importantes episodios; también tenemos citas del extraño poeta colombiano Aurelio Arturo, y Elaine recibe (p. 161), como regalo, la primera

edición de *Cien años de soledad*. Hay también un equilibrio muy bien calibrado entre la acción de ritmo creciente y el examen interior de los personajes; el capítulo 2, por ejemplo, es predominantemente introspectivo, y con él se abre una especie de paréntesis entre el acto de violencia que hemos presenciado y el cambio radical que va a sufrir la vida del protagonista. El narrador en primera persona es Antonio Yammara, un joven profesor universitario de Derecho que entretiene sus tardes en un salón de billar. Allí tiene

un encuentro casual con un solitario y misterioso personaje llamado Ricardo Laverde.

Una de las pocas cosas que éste le confía a Antonio es que estuvo en la cárcel, pero no le llegará a contar más. Un día, tras escuchar Laverde una grabación que lo deja visiblemente conmocionado, ambos hombres salen a la calle y sufren un atentado: un par de individuos en una moto les disparan, causando la muerte de aquél y dejando malherido a Antonio.

En buena medida, la intriga de la novela consiste en conocer —mediante documentos, testimonios y conversaciones—

los motivos reales de ese atentado, pero nunca llegaremos a saber del todo si fue un acto de venganza contra Laverde o sólo algo casual, como tantos otros en esa época; y tampoco sabremos nunca los detalles de cómo fue a parar Laverde a la cárcel ni por cuánto tiempo. Estos aspectos que el autor deja deliberadamente sin resolver crean una ambigüedad y un área sombría que el lector debe llenar con su imaginación. La búsqueda que inicia Antonio sobre los hechos que conducen a la muerte de Laverde da origen a la pesquisa que ocupa el centro del relato. En cierto modo, y casi sin quererlo, el narrador ficticio hace de esa pesquisa una especie de biografía suya en un momento clave de su vida; está a punto de cumplir cuarenta años. En su búsqueda, el mundo familiar de ambos personajes cobra mucha importancia porque, por un lado, las heridas que recibió Antonio le han producido un trauma que afecta su vida sexual con su esposa Aura y, por otro, nos enteramos de que el misterio que Laverde se lleva a la tumba está relacionado con la muerte de Elaine (o Elena), su esposa norteamericana, en un accidente aéreo al volver a Bogotá para encontrarse con él. Hay una trágica secuencia en el relato de sus muertes, pues la de él ocurre inmediatamente después de haber escuchado en una copia de la caja negra los escalofrantes

ruidos y voces, a lo que alude el hermoso título de la novela. En verdad, hay un ominoso *leitmotiv* que recorre estas páginas: el de la aviación y sus riesgos. No sólo tenemos el accidente en el que muere Elaine, sino el que deja una cicatriz en el rostro del padre de Laverde durante una exhibición aérea, aparte de que este mismo, como piloto, sufrirá el gran descalabro que arruina su vida, cuyos detalles es mejor no revelar al lector. Antonio reconstruye pacientemente esta existencia a través de los testimonios y documentos que le brinda Maya, la hija de Laverde, y retrospectivamente mediante el personaje de Elaine, que vive ahora en un lugar apartado, sola y dedicada a la apicultura. Así retrocedemos hasta los años sesenta, durante los cuales una joven Elaine llega a Colombia como miembro de los Peace Corps, con la comprensible ingenuidad de quien desconoce por completo el medio y cree en la bastante candorosa filosofía de ese programa, creado por la administración Kennedy para alejar al continente del peligro comunista mediante obras de acción social. Mientras trabaja allí, Elaine vive en la casa de los padres de Laverde, donde conoce a éste, se enamora de él y pronto se casan. El desastre que sigue a los primeros años felices de la pareja se parece un poco al de Antonio con Aura, quien, de algún modo, presiente el breve encuentro erótico

entre su marido y Maya antes de que haya ocurrido. Cuando Antonio vuelve de esa aventura, halla su hogar vacío.

Una gran cualidad narrativa que Vásquez demuestra es la de mantener el constante interés del lector, tanto en los pasajes que recobran la pesada atmósfera de la ciudad presa del miedo, los que recuerdan episodios concretos de la vida política colombiana, los que ingresan al mundo íntimo de los personajes y los que son fragmentos sacados directamente de la realidad objetiva, como la visita que hacen Antonio y Maya a la legendaria Hacienda Nápoles, ya en su decadencia tras la violenta muerte de su no menos legendario dueño Pablo Escobar, quien, como una exaltación de su enorme poder, reunió en ese espacio lo que pudo considerarse el más grande zoológico del mundo. Es decir, el autor sabe cautivarnos tanto cuando documenta, como cuando testimonia o inventa. ■

José Miguel Oviedo (Perú)

Profesor y crítico literario. Ha sido profesor de Literatura Hispanoamericana en diversas universidades estadounidenses y fue designado Trustee Profesor en la Universidad de Pennsylvania en 1988, cargo que sigue desempeñando. Ha recibido la beca Rockefeller para la investigación (1991), y es miembro del consejo de redacción de *Vuelta Hispanic Review* (Filadelfia) y de *Handbook of Latin American Studies* de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.